

Ull- COMENTARIOS
fent
27-XI-23 ————— 27-XI-23

LA UTOPIA DE BELLAMY

Estamos leyendo el libro de Mr. Lewis Mumford sobre la historia de las utopías—"The story of utopias"—y refrescándonos con su lectura del ardor de las realidades presentes. ¡Lo que han soñado los hombres el porvenir! ¡Y el presente y el pasado! Porque también se sueña el pasado y se sueña el presente. Y a las veces en pesadilla.

En el interesante libro de Mr. Lewis Mumford, al tratar de aquel libro de Bellamy que tanto ruido metió hace treinta y cuatro años, se dice esto: "Es verdad; la corrupción y el soborno y todos los sucios escándalos que asociamos hoy con una oligarquía financiera, se borrarían en utopía; pero esto no quiere decir sino que los defectos del antiguo orden—"the old order"—desaparecerían con sus virtudes. Lo que habría de quedar serían los defectos que surgen cuando una nación está en armas y cuando no hay escape, por emigración o retirada mental, de sus instituciones; en una palabra, los defectos de un estado de guerra... La organización de esta utopía es una organización para la guerra, y la única regla que semejante comunidad no toleraría es la de "vivir y dejar vivir."

Más adelante añade Mr. Mumford: "No cabe escapar al problema de los fines, y el problema de los fines, permítaseme un chiste, toca al principio. Subordinados a fines humanos la maquinaria y la organización, tienen que rendir, sin duda, una útil contribución a una buena comunidad; insubordinadas o subordinadas sólo a las ideas que el ingeniero tenga de un material y un personal industriales eficaces, la máquina más inocente puede ser tan devastadora de la Humanidad como un cañón Lewis."

¡El problema de los fines toca al principio! Sin duda. Y hay que no perder de vista cuál debe ser el fin de una comunidad humana, cuál debe ser la finalidad de una comunión de hombres. Las más de las utopías a que pasa revista Mr. Lewis Mumford pecaron por no proponerse el problema de los fines. Sus autores no se preguntaron: "¿A qué ha venido el hombre al mundo?"

O mejor: "¿Cuál es el fin de un ciudadano en la sociedad humana?"

"The right man in the right place"—dicen los ingleses—. Y alguien traduce: "Cada uno en su sitio." Bien; ¿pero cuál es el sitio de cada uno? Y darle a cada uno su puesto es darle a cada uno lo suyo, fórmula tradicional y suprema de la justicia. Porque cada uno tiene derecho a que le señalen justa y racionalmente su deber.

Pero la justicia es otro nombre de la libertad, ya que no cabe ni libertad sin justicia ni justicia sin libertad.

En aquel horrible ensueño que es la novela, la utopía de Bellamy—"Cómo será el mundo en el año 2000"—, el externalismo, la impersonalidad caracteriza la escena toda. Si en el año 2000 el mundo llega a ser como lo soñó Bellamy o como lo soñó Walter Rathenau, los hombres inteligentes se morirán de tedio, de desgana de vivir, y sólo quedarán los tontos. Y entonces sí que se acabará la civilización. Hay quien asegura que si Carlos III no disuelve la Compañía de Jesús, sus Reducciones y Misiones del Paraguay habrían acabado por acabarse los reducidos guaraníes consumiéndose en tedio, en terrible aburrimiento. Iba ya menguando su población.

Cabe distraerle un momento a una sociedad, así como se le distrae a un colegio de chicos, con el juego de las pequeñas emulaciones, que surgen de la envidia y la fomentan; cabe distraerle con el juego de tristes pasiones; pero al fin sucumbe. Y en su consunción no le consuelan los viejos tópicos, los tópicos que antes de ayer. Que es con los que algunos quieren borrar a los de ayer.

¡Qué gracia tiene oírle a un retórico burlarse de los tópicos! "¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!"—decía el Eclesiastés—. Y D. Ramón de Campoamor, cuando lo oía, replicaba: "Y la mayor vanidad es repetirlo." Figurémonos a Charlot desdeñando el cine.

Y volviendo a la utopía de Bellamy, es muy cierto lo que dice Mr. Lewis Mumford, y es que es muy difícil borrar los males, los vicios de un antiguo orden sin borrar a la vez sus bienes, sus virtudes. Puede ocurrir que se peca de uno de que le extirparon un cáncer del bazo extirpándole el bazo y que se peca de ello en su agonía, cuando muere por la falta del bazo. Ya que un órgano así no es sustituible.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA